

# TRADICIÓN Y NOVEDAD



## Saavedra Fajardo, en los múltiples espejos de la política barroca

José M. González García\*

Se ha señalado con frecuencia la importancia de las metáforas en la prosa barroca de Saavedra Fajardo, metáforas que implican una conjunción perfecta entre palabra e imagen, un intento de unificar las dos caras del Barroco de las que hablara Walter Benjamin. En el libro de las *Empresas* se da la mano el Barroco de la imagen con el Barroco de la palabra, en esa unión del cuerpo o grabado con el alma de la explicación retórica que sigue a cada una de la imágenes. Ciertamente, la metáfora teatral, la idea del mundo como teatro, el *Theatrum mundi*, estructura todo el conjunto de la obra. Además de sus frecuentes referencias a que el Príncipe aprenda el oficio de actor, Saavedra concibe la misión educativa de sus empresas como un intento de «criar un príncipe desde la cuna hasta la tumba», que son la entrada y la salida del teatro del mundo. Y entre el nacimiento evocado en la primera empresa y la muerte en la 101 (y en el soneto final) sólo existe una «brevísima cláusula de tiempo», que convierte la púrpura del poder en cenizas.

Pero no me voy a ocupar aquí de la metáfora del teatro sino de otra metáfora, en gran medida relacionada con ella, pues ya Cervantes había expresado paradigmáticamente que el teatro nos pone un espejo delante para que veamos quiénes somos. Teatro y espejo son las dos grandes metáforas de la identidad humana. El gran peso de la teatralidad, de lo visual y de la perspectiva en Saavedra ya ha sido señalado, entre otros, por José Antonio Maravall, Manuel Baquero Goyanes o Francisco Javier Díez de Revenga. El juego de espejos barrocos acentúa la teatralidad y duplicación de imágenes y perspectivas en las que predominan los ojos, el «engaño a la vista» o simplemente los elementos visuales de la conjunción entre palabra y dibujo, en la que los grabados acaban siendo «conceptos para los ojos». Los múltiples espejos de la política barroca conforman la segunda gran metáfora de las *Empresas* de Saavedra. Cabría afirmar que la visualidad y la teatralización del poder se despliegan, se

---

\* Instituto de Filosofía, CSIC, Madrid.

expresan y se doblan en el *juego barroco de espejos* que aparecen con profusión a lo largo del libro hasta concebir al Estado como una compleja alegoría de espejos enfrentados unos con otros. Así, por ejemplo, el príncipe es un espejo que fácilmente se empaña con la ira o la soberbia; o el príncipe es espejo en que se miran los súbditos, ya que en él, «como en un espejo, compone el pueblo sus acciones». Pero también, en un juego de espejos enfrentados, ha de mirarse el príncipe en el espejo del pueblo si quiere hallar la verdad ya que ésta habita lejos de los palacios; o el Estado y los consejeros son espejos del príncipe. El pasado y el futuro son concebidos como espejos que reflejan el cetro y con los que debe consultar el príncipe. Y también compara la tergiversación de las órdenes del monarca por los malos ministros, quienes convierten órdenes de paz en mandatos de guerra, con un espejo cóncavo que recibe los rayos del sol y los proyecta en un punto, incendiando la nave. O para aleccionar al príncipe en la constancia que debe mostrar tanto en la fortuna próspera como en la adversa, nos representa a un león que sigue siendo «siempre el mismo» aunque se rompa el espejo en que se refleja. Lo mismo ha de hacer el príncipe, manteniéndose constante en la buena y en la mala fortuna, ya que «espejo es público en quien se mira el mundo». Y el libro de las Empresas termina con un resumen de todos los consejos al príncipe proponiéndole como modelo, planta del edificio político o espejo en quien ha de mirarse, al rey don Fernando el Católico, «cuarto agüelo de V. A., en cuyo glorioso reinado se exercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa»<sup>1</sup>.

Saavedra participa de la multiplicidad de significados del espejo en la iconografía barroca. En muchas ocasiones se trata del espejo como símbolo del autoconocimiento, es decir, como representación gráfica del «Conócete a ti mismo». También la Sabiduría lleva un espejo, ya que no en vano muchos de los elementos de su campo semántico están relacionados con la reflexión o con la especulación. Asimismo el espejo es un instrumento clave para la creación del personaje que cada uno ha de representar en el *Theatrum mundi* de la corte y que refleja la ostentación o la soberbia. Otro significado aparece relacionado con la *vanitas*, con la vanidad de todos los bienes de este mundo, con la caducidad de todas las cosas, con la idea del Tiempo que huye dejándonos sus estragos y con la Muerte que se contempla a sí misma en el espejo o se refleja en el espejo en que se mira un personaje. Pero también hay elementos más positivos como el espejo de la Belleza y del Amor representado en la *Venus del espejo* de Velázquez. Además, se habla del espejo de las pasiones, se dibuja a Narciso enamorándose de su propia imagen en

---

1 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, edición, introducción y notas de F. J. Díez de Revenga, Barcelona, Planeta, 1998, p. 679.

las aguas, se estudian los engaños del espejo, el Espejo de la educación de príncipes, o el reflejo del poder como en el espejo de las Meninas en que se reflejan los reyes. También la Fortuna política, como toda Fortuna, es de vidrio y rompe necesariamente el espejo. Pero frente a la Fortuna tenemos el espejo de la Prudencia que ha de analizar el pasado para actuar correctamente en el presente y avizorar el futuro. Casi todo puede expresarse de una u otra manera con variaciones sobre el espejo, en una época en que los avances en la técnica de su fabricación parecen convertirlo en un artefacto omnipresente hasta abarcar al Estado barroco en su conjunto como una compleja alegoría. Función de las páginas siguientes será el intento de sistematizar esta «selva de los espejos» en cuatro categorías básicas, referidas al libro de las *Empresas*.

## 1. ESPEJO DE LA SABIDURÍA Y DEL CONOCIMIENTO

Las palabras finales de la empresa 88 están dirigidas a reconocer el libre albedrío humano y la responsabilidad de cada uno en construir su propia suerte, sin esperarla de fuera ni pensar que todo está prescrito de antemano al margen de nuestra capacidad de actuación. Además, anima al príncipe a volver los ojos a la historia para comprobar que la política no es fruto de la casualidad, sino de la virtud, el valor y la fatiga:

«Cada uno es artífice de su ruina o de su fortuna. Esperalla del caso es ignavia. Creer que ya está prescrita, desesperación. Inútil fuera la virtud y escusado el vicio en lo forzoso. Vuelva V. A. los ojos a sus gloriosos progenitores que fabricaron la grandeza de esta monarquía, y verá que no los coronó el caso, sino la virtud, el valor y la fatiga, y que con las mismas artes la mantuvieron sus descendientes, a los cuales se les debe la misma gloria; porque no menos fabrica su fortuna quien la conserva que quien la levanta. Tan difícil es adquirilla, como fácil su ruina. Una hora sola mal advertida derriba lo conquistado en muchos años. Obrando y viendo se alcanza la asistencia de Dios, y viene a ser *ab aeterno* la grandeza del príncipe»<sup>2</sup>.

Toda la sabiduría política va dirigida a acomodarse a los casos, a someter a cada una de las ocasiones, mediante el desarrollo de una prudencia que sepa conocerlos antes. Y el consejo último de Saavedra coincide con el de Maquiavelo en la necesidad de adaptarse a los cambios de los tiempos. En conocer

---

2 Ibidem, pp. 599-600.



Figura 1. Portada del Liber de Sapiente de Carolus Bovilius, 1510.

los casos, en cambiar con los tiempos, reside la fuente de la sabiduría política y sólo esta sabiduría puede domar la fuerza de la fortuna:

«Alguna fuerza tienen los casos. Pero los hacemos mayores o menores, según nos gobernamos en ellos. Nuestra ignorancia da deidad y poder a la fortuna, porque nos dejamos llevar de sus mudanzas. Si cuando ella varía los tiempos, variásemos las costumbres y los medios, no sería tan poderosa, ni nosotros tan sujetos a sus disposiciones»<sup>3</sup>.

3 Ibídem, p. 234. Es precisamente esta moral barroca de acomodación a los tiempos cambiantes lo que destaca J. A. Maravall en su artículo «Saavedra Fajardo: moral de acomodación y carácter conflictivo de la libertad», recogido en su libro *Estudios de historia del pensamiento español. Serie tercera. Siglo XVII*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1975, pp. 161-196.

En esta contraposición entre sabiduría y fortuna se vuelve a situar Saavedra en una vieja tradición literaria, iconográfica y filosófica que hunde sus raíces en el pensamiento griego. Sus palabras «Nuestra ignorancia da deidad y poder a la fortuna» reproducen con variaciones una cita mutilada de las *Sátiras* de Juvenal que aparece en boca del necio en el grabado de la portada del *Liber de Sapiente* publicado en 1510 por Carolus Bovilius (figura 1). Dicha sentencia, en su versión completa, reza así: «Si somos prudentes, no tienes, Fortuna, poder alguno. Somos nosotros, sí, nosotros, los que te hacemos diosa y te colocamos en el cielo»<sup>4</sup>.

Sabiduría, conocimiento y dominio de sí son elementos centrales para el príncipe educado según los principios de Saavedra:

«Y así, a ninguno más que al príncipe conviene la sabiduría. Ella es la que hace felices los reinos, respetado y temido al príncipe. Entonces lo fue Salomón, cuando se divulgó la suya por el mundo. Más se teme en los príncipes el saber que el poder. Un príncipe sabio es la seguridad de sus vasallos. Y un ignorante, la ruina»<sup>5</sup>.

Sin embargo también insiste Saavedra en los límites de la sabiduría y de la especulación, ya que «los ingenios muy entregados a la especulación de las ciencias son tardos en obrar y tímidos en resolver, porque a todo hallan razones que los ciega y confunde»<sup>6</sup>. La política requiere facultad de resolver con prontitud ya que muchas veces no se puede esperar y hay que tomar las decisiones con presteza. Pero como otra cara de la moneda nos encontramos con el valor de la especulación, de lo especular, en una acepción claramente derivada del espejo, para definir la ciencia política:

«El arte de reinar no es don de la naturaleza, sino de la especulación y de la experiencia. Ciencia es de las ciencias. Con el hombre nació la razón de Estado y morirá con él sin haberse entendido perfectamente»<sup>7</sup>.

Por otro lado, Saavedra se enmarca en la tradición cristiana de conformación de un príncipe político, tradición en la que podemos encontrar dos usos del espejo en el Nuevo Testamento. Por un lado, la primera epístola de Pablo

---

4 JUVENAL, *Sátiras*, X, Madrid, Gredos, 1991, p. 291.

5 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, o. c., p. 40.

6 *Ibidem*, p. 41.

7 *Ibidem*, p. 47.

a los Corintios compara el conocimiento que el hombre tiene de Dios en este mundo con la borrosa imagen oscura reflejada en un espejo, que será sustituida por una visión completa «cara a cara» de Dios después de la muerte. Y en la epístola de Santiago insiste el autor en la necesidad no sólo de escuchar la palabra de Dios sino de ponerla también en práctica, ya que «si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es». Dos usos diferentes del espejo: conocimiento borroso de Dios en esta vida en Pablo y recuerdo de la inconstancia, desmemoria y fragilidad del ser humano, incapaz de poner en obra la Palabra, en Santiago. Sabine Melchior-Bonnet, en su *Historia del espejo*, se ha referido a la importancia de estos dos textos cristianos, junto con la metafísica platónica de la luz y del espejo que proviene del *Timeo*, los postulados neoplatónicos que inspiraron a los padres de la Iglesia y la enseñanza de Agustín de Hipona basada en la riqueza semántica de la imagen del espejo:

«Todo hombre [según san Agustín] participa de la semejanza divina; el espíritu humano, si no se abandona a la ilusión de la imagen en el espejo, falsedad del mundo material (*Soliloquios*, II, 6) es capaz de recibir la luz de Dios y reflejar su belleza (*De Trinitate*, XV, 20, 39). Al mismo tiempo, el verdadero espejo en el que el hombre debe mirarse es el de las Sagradas Escrituras. El hombre que se contempla en el espejo de la Biblia ve simultáneamente el esplendor de Dios y su propia miseria. [...] Espejo de revelación y espejo de introspección se conjugan en un espejo de sabiduría»<sup>8</sup>.

El sentido de la introspección y del conocimiento de uno mismo es representado en las *Empresas morales* de Juan de Borja por un espejo con un lema proveniente del libro de Job según el cual quien se conociere a sí mismo, no pecará. Saavedra, en cierta medida, participa de estas imágenes cristianas del espejo y las aplica a la política, en el supuesto de que los príncipes son «los planetas de la tierra, las lunas en las cuales sustituye sus rayos aquel divino sol de justicia para el gobierno temporal»<sup>9</sup>.

## 2. EL ESPEJO ROTO POR LA FORTUNA: «SIEMPRE EL MISMO»

La contraposición entre Hércules y Fortuna es un tópico renacentista del que se hace eco Maquiavelo y que encontramos también en la iconografía. Si-

8 S. MELCHIOR-BONNET, *Historia del espejo*, Barcelona, Herder, 1994, p. 129.

9 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas*, o. c., pp. 94-95.



tuado ya en plena época barroca, Saavedra dedica la primera de sus *Empresas políticas* precisamente a la contraposición entre Hércules y Fortuna, haciendo hincapié en que el valor nace con el príncipe y no se adquiere. Bajo el lema «Desde la cuna dé señas de sí el valor», traducción libre del mote latino de la Empresa, *Hinc labor et virtus*, «Desde aquí, el trabajo y la virtud», pone como ejemplo la infancia de Hércules, quien despedazó con su fuerza las culebras, según puede verse en el grabado que acompaña:

«Nace el valor, no se adquiere; calidad intrínseca es del alma, que se infunde con ella y obra luego. [...] En la cuna se ejercita un espíritu grande. La suya coronó Hércules con la vitoria de las culebras despedazadas. Desde allí le reconoció la envidia, y obedeció a su virtud la fortuna»<sup>10</sup>.

Brown y Elliot nos recuerdan que la ciudad de Sevilla, con motivo de la ascensión al trono del rey Felipe IV, acuñó una medalla conmemorativa con un retrato del nuevo rey en su anverso y una figura de Hércules estrangulando a las serpientes en el reverso, con el lema *Herculi Hispano, S. P. Q. H.*<sup>11</sup> Saavedra utiliza la historia de Hércules y el león en la Empresa 97, en cuyo cuerpo se ve una mano que sale de una nube y sujeta con fuerza la piel del león. El texto recuerda de nuevo a la virtud de Hércules, imagen de la virtud del príncipe: «Vencido el león, supo Hércules gozar de su victoria, vistiéndose de su piel para sujetar mejor otros monstruos».

Saavedra parte siempre de una concepción barroca, pesimista y desencañada de la naturaleza humana, concepción que bien podríamos considerar heredada de Maquiavelo o también fruto de su propia experiencia política, diplomática y cortesana. Y además, por otro lado, se adelanta en algunos años a la clásica formulación de Hobbes según la cual el hombre es un lobo para el hombre. En su breve descripción de la naturaleza humana «para uso de los príncipes», afirma Saavedra lo siguiente:

«Ningún enemigo mayor del hombre que el hombre. No acomete el águila al águila, ni un áspid a otro áspid, y el hombre siempre maquina contra su misma especie»<sup>12</sup>.

10 D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, o. c., p. 17.

11 Cfr. J. BROWN Y J. H. ELLIOT, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, Alianza, 1988, p. 293.

12 *Ibidem*, p. 290. Una descripción más amplia de la naturaleza humana, en la que «la malicia se pone la máscara de la virtud para engañar», puede verse en la página siguiente, la 291, que supone una descripción antológica desde el desencañado y pesimista punto de vista barroco.



Figura 2. Saavedra Fajardo, primera de sus *Empresas políticas*: *Hinc labor et virtus, Desde la cuna dé señas de sí el valor.*

Así pues, el hombre es, según Saavedra, el más inconstante de los animales, dañoso a sí mismo y a su propia especie, cambiante según la edad, la fortuna, el interés y la pasión. Tal vez debido a esta concepción de la volubilidad de la naturaleza humana, insiste Saavedra una y otra vez en la virtud de la constancia que ha de poseer el príncipe. Constancia en una y otra fortuna, tanto en la próspera como en la adversa, pues Saavedra se sitúa en la tradición petrarquista de las dos fortunas. En la Empresa 31 aboga en favor de la prudencia del príncipe, que ha de mantenerse constante en cualquiera de las fortunas y atraer así la admiración de su pueblo, que se sentirá seguro bajo su mando:

«También la constancia del ánimo en la fortuna próspera y adversa le granjea la admiración, porque al pueblo le parece que es sobre la naturaleza común no conmovirse en los bienes o no perturbarse en los trabajos, y que tiene el príncipe alguna parte en la divinidad»<sup>13</sup>.

13 *Ibidem*, pp. 207-208.

El príncipe, espejo en quien se miran los súbditos, ha de mantener fortaleza y generosa constancia en todos los tiempos. A esta enseñanza se consagra toda la Empresa 33, titulada «Siempre el mismo» y en cuyo cuerpo se puede ver un león que se refleja como doble en un espejo roto. El león, símbolo de la vigilancia y de la fortaleza, es siempre el mismo aunque una fortuna adversa rompa el espejo. De la misma manera, el príncipe ha de mantener siempre el mismo semblante, tanto en la fortuna próspera como en la adversa, pues quien cambia con la fortuna confiesa no haberla merecido.



Figura 3. Saavedra Fajardo, Empresa 33: «Siempre el mismo»

«Lo que representa el espejo en todo su espacio, representa también después de quebrado en cada una de sus partes. Así se ve el león en los dos pedazos del espejo desta empresa, significando la fortaleza y generosa constancia que en todos tiempos ha de conservar el príncipe. Espejo es público en quien se mira el mundo. [...] Por tanto, o ya sea que le mantenga entero la fortuna próspera, o ya que le rompa la adversa, siempre en él se ha de ver un mismo semblante. En la próspera es más dificultoso, porque salen de sí los afectos, y la razón se desvanece con la gloria. [...] El que se muda con la fortuna, confiesa no haberla merecido. [...] En las adversida-

des suele también peligrar el valor, porque a casi todos los hombres llegan de improviso, no habiendo quien quiera pensar en las calamidades a que puede reducirle la fortuna»<sup>14</sup>.

Recuérdese que el león representa el valor y la virtud del monarca y es de nuevo un símbolo de Hércules, ya que una de las hazañas de éste consistió en vencer al león de Nemea. Por ello insiste Saavedra en la metáfora del príncipe como un león, siempre con la fortaleza de ánimo y la generosa constancia que le caracteriza y espejo en quien se han de mirar los súbditos. Continúa su empresa advirtiendo que los reyes no han de perder su decoro y majestad en las adversidades, de manera que su ánimo no esté sujeto a la variación de la fortuna. La majestad ha de encontrarse siempre entera aunque la inconstancia y envidia del tiempo divida en diversas partes el «espejo de los Estados». Y además el pueblo ha de ver siempre sereno el rostro del príncipe, que no ha de turbarse ante los peligros:

«Por la frente del príncipe infiere el pueblo la gravedad del peligro, como por la del piloto conjetura el pasajero si es grande la tempestad. Y así conviene mucho mostralla igualmente constante y serena en los tiempos adversos y en los prósperos, para que ni se atemorice ni se ensoberbezca, ni pueda hacer juicios por sus mudanzas»<sup>15</sup>.

Y no sólo se representa al príncipe como espejo en quien han de mirarse sus vasallos, sino también todo el Estado, que es una idea del príncipe, es concebido asimismo como un gran espejo. Igualmente son «partes de este espejo los Consejos, los tribunales y las chancillerías», cada uno de los ministros que le representan y los embajadores que sustituyen la autoridad del príncipe. La metáfora del espejo crece hasta concebir toda la política y el Estado en su conjunto como un enorme y complejo juego de espejos que reciben su luz del príncipe, quien a su vez es un mero espejo o luna receptora de la luz del sol de justicia que es nuestro Dios.

Es necesario no confiar en la prosperidad ni desesperar en la adversidad, aunque el espejo se rompa. Frente a la Fortuna, que se complace y entretiene tanto en ensalzar como en derribar, es preciso conservar un ánimo constante,

---

14 *Ibíd.*, pp. 216-217. Saavedra se refiere también a un texto de *Las partidas* de Alfonso X el Sabio, en el que se afirma la necesidad de que los hombres tomen ejemplo de los reyes, ya que éstos son como espejos en los que ven su semejanza. Por otra parte, ya Alciato había dedicado uno de sus Emblemas, citando explícitamente a Epicteto, a considerar que la Fortuna contraria debe sufrirse y, de la misma manera, la próspera temerse.

15 *Ibíd.*, p. 219.

sin acobardarse ante las amenazas de la mayor tempestad, pues «a veces sacan las olas a uno del bajel que se ha de perder, y le arrojan en el que se ha de salvar». Para Saavedra la fortuna adversa se doma mediante el sufrimiento y la esperanza, no cambiando con ella. Hay que saber llevar la nave del Estado —y no hay ningún bajel más peligroso que la corona, expuesta siempre a los vientos de la ambición, a los escollos de los enemigos y a las borrascas del pueblo— también con viento contrario para arribar a puerto venciendo el temporal. En esta línea metafórica de la «meteorología política», que Saavedra utiliza de una manera especial cuando habla de la fortuna, pues no hay que olvidar que una de las acepciones de ésta es la Fortuna marina, podemos leer en la Empresa 36, titulada *In contraria ducet*:

«Toda la ciencia política consiste en saber conocer los temporales y valerse dellos, porque a veces más presto conduce al puerto la tempestad que la bonanza. Quien sabe quebrar el ímpetu de una fortuna adversa, la reduce a próspera. El que, reconocida la fuerza del peligro, le obedece y le da tiempo, le vence. Cuando el piloto advierte que no se pueden contrastar las olas, se deja llevar dellas, amainando las velas. Y, porque la resistencia haría mayor la fuerza del viento, se vale de un pequeño seno con que respire la nave y se levante sobre las olas. Algo es menester consentir en los peligros para vencerlos. [...] No está la constancia en la oposición, sino en esperar y correr con el peligro, sin dejarse vencer de la fortuna»<sup>16</sup>.

De esta manera, la adversidad es siempre advertimiento y enseñanza, siendo los peligros los más eficaces maestros del príncipe, quien ha de hacer rostro esforzadamente a la fortuna contraria: «El valor se extingue si el viento de alguna fortuna adversa no le aviva»<sup>17</sup>. Más peligroso es conservarse en la fortuna próspera porque conduce a la ceguera y al engreimiento. Por ello dedica Saavedra la Empresa 96 a recordar que en la victoria hay que mantener viva la memoria de la fortuna adversa, como remedio frente al engreimiento, el orgullo y la soberbia que conducen a no tener en cuenta que puede cambiar la suerte. El mote de esta Empresa es *Memor adversa*, «En la victoria esté viva la memoria de la fortuna adversa», y en el cuerpo podemos ver «una palmera, símbolo de la victoria, y el lago en que se refleja, símbolo de la verdad». Aquí el espejo de las aguas refleja la palmera de la victoria, pero nos recuerda que debemos estar siempre preparados para la derrota producida por una fortuna adversa.

---

16 *Ibidem*, p. 232.

17 *Ibidem*, p. 228.

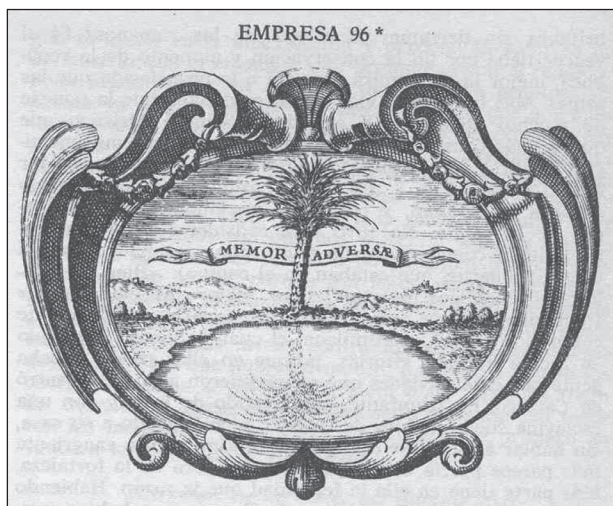


Figura 4. Saavedra Fajardo, número 96 de las *Empresas políticas*: *En la victoria esté viva la memoria de la fortuna adversa.*

Alcanzada una victoria, suele el general quedar fuera de sí, envanecido con la gloria, perturbado por la alegría, divertido con los despojos y desprecia al enemigo cuya sangre acaba de verter. Pero la fortuna próspera se quiebra fácilmente si la victoria en las armas no se acompaña con la victoria sobre uno mismo, pues no debe dejarse llevar por la soberbia, sino prepararse para un posible cambio de la fortuna:

«Por ello, conviene que después de la victoria entre el general dentro de sí mismo, y con prudencia y fortaleza componga la guerra civil de sus afectos, porque sin este vencimiento será peligroso el del enemigo [...] Una batalla ganada suele ser principio de felicidad en el vencido y de infelicidad en el vencedor, ciego éste con su fortuna, y advertido aquél en mejorar la suya»<sup>18</sup>.

### 3. LOS ESPEJOS, LOS ROSTROS Y LOS TIEMPOS DE LA PRUDENCIA

Para Saavedra, la prudencia es la regla y medida de las demás virtudes, áncora de los Estados, aguja de marear del príncipe, con la que la nave del

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 642-643.

Estado puede surcar los mares procelosos, y alma del gobierno. La representación de la prudencia señalando los tres tiempos de la política ya aparecía en la *Alegoría del buen gobierno*, pintada entre 1338 y 1339 por Ambroglio Lorenzetti para la Sala de los Nueve del Palacio Público de la ciudad de Siena. Otra forma de simbolizar la prudencia consiste en presentarla con un doble rostro de Jano, mirando al pasado y al futuro, o con tres rostros diferentes, cada uno para una de las facetas del tiempo. Y por último, la prudencia se nos muestra frecuentemente en la tradición iconográfica con un espejo en la mano mirándose a sí misma, o viendo el reflejo del transcurso del tiempo o contemplando la figura de la muerte en el espejo. La célebre *Iconología* de Cesare Ripa recoge y sistematiza todos estos elementos, describiendo a la Prudencia de una manera que se convertiría en canónica:

«Mujer que tiene dos rostros a semejanza de Jano. Ha de estarse mirando en un espejo, viéndose una serpiente que en su brazo se envuelve.

Los dos rostros significan que la Prudencia consiste en una cierta y verdadera cognición, mediante la cual se ordena y se dirige cuanto se debe hacer, naciendo tanto de la atenta consideración de las cosas pasadas como de las futuras.

La excelencia de esta virtud es tan elevada e importante, porque con ella se recuerdan las cosas del pasado, se ordenan las presentes, y se prevén las futuras, a tal punto que el hombre que de ella carece no podrá recobrar lo que perdiere, conservar lo que posee, ni alcanzar finalmente cuanto espera.

El mirarse en el espejo significa en este caso la cognición de sí mismo, no siéndonos posible regular nuestras acciones sin tener el debido conocimiento de nuestros defectos»<sup>19</sup>.

Ripa prosigue explicando el simbolismo de la serpiente y su raíz en la frase de la Biblia «Sed prudentes como las serpientes» y se refiere también a otros elementos que aparecen representados en la figura siguiente:

---

19 C. RIPA, *Iconología*, Madrid, Akal, 2002, tomo I, p. 234. La edición príncipe fue publicada en Roma en 1593 sin figuras al igual que en la edición de Milán de 1602; pero ya en 1603 aparece también en Roma la primera edición ilustrada, a la que seguirían otras ediciones también ilustradas en Padua (1611), Siena (1613), etc. hasta convertirse en un libro de gran difusión en todos los ambientes cultos de toda Europa, de manera que con toda seguridad fue consultado por Saavedra.



Figura 5. La prudencia en la *Iconología* de Cesare Ripa, edición de 1613 en Siena.

De la extensa tradición iconográfica sobre la Prudencia con sus rostros, sus espejos y su dominio sobre los tiempos, quiero presentar muy brevemente sólo otros cuatro ejemplos:

1) La prudencia señalando los tres tiempos de la política —pasado, presente y futuro— es una figura central en la representación de las virtudes políticas en la compleja «Alegoría del buen gobierno» pintada al fresco por Ambroglio Lorenzetti entre 1348 y 1349 para la Sala de los Nueve del Palacio Público de la ciudad de Siena.





Figura 6. Detalle de la virtud de la Prudencia en la «Alegoría del Buen Gobierno» de Ambrogio Lorenzetti (Siena, 1348-49).

2) Los tres tiempos del gobierno de la prudencia, por Tiziano. En la inscripción superior se puede leer: EX PRAETERITO (izquierda) PRUDENTER AGIT (centro) NI FUTURU(M) ACTIONEM DETURPET (derecha): «Desde pasado actúa con prudencia [en el presente] para no dañar la acción futura». Los tres rostros, posiblemente el del propio Tiziano, el de su hijo Horacio y su sobrino Marco, junto con las tres cabezas de animales (lobo, león, perro) señalan los tres tiempos que han de ser gobernados por la prudencia<sup>20</sup>.

20 Cfr. El catálogo (a cargo de G. BORRELLI) de la muestra bibliográfica celebrada en Nápoles, Palacio Serra di Casano, en julio de 1994 con el título *Ragion di Stato. L'arte italiana della prudenza politica*, Nápoles, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1994, p. 156.

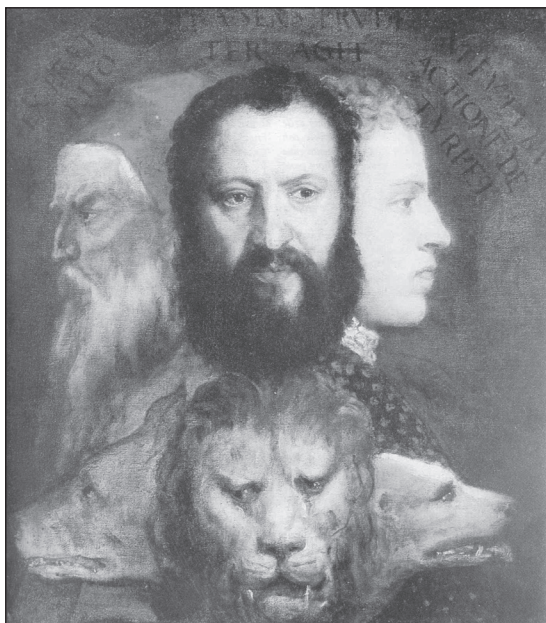


Figura 7. Tiziano, *El tiempo gobernado por la prudencia*, London, National Gallery.

3) Una de las múltiples representaciones de la prudencia debida a Marcantonio Raimondi lleva un doble rostro: por un lado, una muchacha joven y hermosa (la belleza espiritual de la prudencia) que se mira en un espejo sostenido respetuosamente por Cupido; por otro, un varón viejo y con barba que mira hacia atrás, hacia el pasado que ya no puede volver.

4) La prudencia de Donato Creti, de nuevo una mujer hermosa pintada con rasgos similares a la Sabiduría, firmemente sentada, rodeada de libros y mirándose en un espejo sostenido por un angelote, levanta en su mano derecha una calavera hacia el eje de su mirada frente al espejo, de manera que alternativamente puede estar viendo su propio rostro o el de la muerte, recordando siempre que debemos actuar prudentemente en el presente pensando en el futuro que nos aguarda.

Pero regresemos de nuevo, después de este breve excursus, a la obra de Saavedra. Fiel a las normas reguladoras de los cuerpos de las empresas, Saavedra elimina la representación de la figura humana y transforma la imagen de la Prudencia en un juego de espejos del pasado y del futuro, espejos que reflejan un cetro en que se enrosca la serpiente y bajo el que se encuentra la



Figura 8. Marcantonio Raimondi, *Prudencia*, Viena, Museo Albertina.

representación del tiempo presente desgranado continuamente en un reloj de arena. En la Empresa 28 se trata de argumentar a favor de una visión histórica de los problemas políticos. Saavedra recupera la antigua idea de la historia como maestra de la vida y recomienda al príncipe su estudio, pues la experiencia del pasado ha de servir para dirigir el presente. Es necesario volver los ojos al pasado y aprender de los libros de historia que son una representación de las edades del mundo y una manera de revivir los días nuestros antepasados, aprendiendo de sus errores. Pero es mejor dejar que la prosa barroca de Saavedra nos exprese directamente la riqueza de sus metáforas:

«Gran maestro de príncipes es el tiempo. Hospitales son los siglos pasados, donde la política hace anatomía de los cadáveres de las repúblicas y monarquías que florecieron, para curar mejor las presentes. Cartas son de marear, en que con ajenas borrascas o prósperas navegaciones están reconocidas las riberas, fondeados los golfos, descubiertas las secas, advertidos los escollos, y señalados los rumbos del reinar»<sup>21</sup>.

21 *Ibíd.*, p. 187.

Difícilmente podremos encontrar en un texto tan breve como este la conjunción de tres metáforas fundamentales de la política: el tiempo como maestro, la idea del cuerpo político en esta versión anatómico-forense y la imagen de la nave del Estado sorteando los escollos de un mar embravecido. La metáfora marina está presente de una manera constante en Saavedra, quien un poco más arriba había escrito que la prudencia es el áncora de los Estados y la aguja de marear del príncipe.

Precisamente a la prudencia política —que ha de consultar con los tiempos pasados, presentes y futuros antes de tomar una decisión— está dedicada la Empresa 28, cuyo cuerpo podemos ver en la figura 10. Y dejemos hablar de nuevo directamente a Saavedra para desentrañar el significado del grabado:

«Consta esta virtud de la prudencia de muchas partes, las cuales se reducen a tres: memoria de lo pasado, inteligencia de lo presente y providencia de lo futuro. Todos estos tiempos significa esta empresa en la serpiente, símbolo de la prudencia, revuelta al ceptro sobre el reloj de arena, que es el tiempo presente que corre, mirándose en los dos espejos del tiempo pasado y del futuro, y por mote aquel verso de Homero, traducido de Virgilio, que contiene los tres:

*Quae sint, quae fuerint, quae mox ventura trahantur.*

A los cuales mirándose la prudencia compone sus acciones.

Todos estos tres tiempos son *espejo del gobierno*, donde, notando las manchas y defectos pasados y presentes, se pule y hermosea, ayudándose de las experiencias propias y adquiridas»<sup>22</sup>.

Dicho sea de paso, prevalece en Saavedra una concepción circular del tiempo, en la que si conocemos el pasado y presente, conoceremos también el futuro, pues no hay nada nuevo bajo el sol: lo que es, fue; y lo que fue, será. Por debajo de todos los cambios hay un convencimiento de que las situaciones se repiten una y otra vez. Cambian los individuos, pero no las escenas del gran teatro del mundo, ya que las costumbres y los estilos permanecen<sup>23</sup>. Pero esto necesita matizaciones y, de hecho, Saavedra, en la siguiente empresa insiste en la necesidad de innovar, pues no todas las novedades son peligrosas y además, las costumbres más antiguas fueron nuevas en algún momento. De todas formas el conocimiento del futuro está reservado a la divinidad y la prudencia humana sólo puede conjeturar y no adivinar la incertidumbre de los casos. Precisamente porque el futuro no está escrito de antemano, debe ser la política tan recatada en sus resoluciones.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 186.

<sup>23</sup> *Cfr. Ibidem*, p. 188.



Figura 9. Donato Creti, *Prudencia*, Bolonia, Palacio Accursio.



Figura 10. Saavedra, empresa 28: *Consúltese con los tiempos pasados, presentes y futuros*

La misma idea de la rueda del tiempo se repite en otra clave diferente cuando habla Saavedra del círculo que describen las formas de gobierno: la monarquía degenera en aristocracia y ésta en democracia; la degeneración de la democracia nos hace volver otra vez al punto de partida con una nueva versión de la monarquía<sup>24</sup>.

#### 4. ESPEJO DE LA VERDAD Y ESPEJOS DEL ENGAÑO

El tema de los engaños de las imágenes o de los «engaños de la vista» es un tópico en la iconografía como puede verse en la empresa «Fallit imago» («La imagen engaña») de Camillo Camilli (*Impresse illustri*, Venecia, 1580) en la que la refracción del agua nos hace ver quebrado lo que en realidad es recto.



Figura 11. Camillo Camilli, *Impresse illustri*, Venecia, 1580.

24 Resulta evidente que Saavedra no es original en este planteamiento, sino que repite viejas ideas que podemos encontrar ya en la Grecia clásica. Para el círculo descrito por las formas de gobierno, *Ibidem*, pp. 426-427.



Figura 12. Giulio Cesare Capaccio, *Delle Imprese*, Nápoles, 1592.

Algunos años más tarde, en una de las empresas de Capaccio, publicadas en Nápoles en 1592, una tigresa se contempla a sí misma reflejada en el espejo de una bola de cristal bajo el lema «Fallimur imagine», «el engaño de la imagen».

El tópico del engaño a los ojos está presente de manera constante en Saavedra, quien dedica toda una empresa a apereibir el príncipe acerca de las mentiras de la imaginación o de las opiniones y de la diferencia entre ser y parecer. Bajo la divisa «Fallimur opinione» (Empresa 46) aparece el remo en el agua que produce el engaño a los ojos al parecernos quebrado:

«A la vista se ofrece torcido y quebrado el remo debajo de las aguas, cuya refracción causa este efecto. Así nos engaña muchas veces la opinión de las cosas»<sup>25</sup>.

El texto continúa con una reflexión sobre los filósofos escépticos y acerca de los engaños en política, expresándose Saavedra de la siguiente manera:

«No deseo que el príncipe sea de la escuela de los escépticos, porque quien todo lo duda nada resuelve, y ninguna cosa más dañosa al gobierno que la indeterminación en resolver y ejecutar. So-

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 290.



Figura 13. Saavedra, empresa 46: *Reconozca los engaños de la imaginación.*

lamente le advierto que con recato político esté indiferente en las opiniones, y crea que puede ser engañado en el juicio que hiciere dellas, o por amor o pasión propia, o por siniestra información, o por los halagos de la lisonja, o porque le es odiosa la verdad que le limita el poder y da leyes a su voluntad, o por la incertidumbre de nuestro modo de aprehender, o porque pocas cosas son como parecen, principalmente las políticas, habiéndose ya hecho la razón de Estado un arte de engañar y de no ser engañado, con que es fuerza que tengan diversas luces. Y así, más se deben considerar que ver, sin que el príncipe se mueva ligeramente por apariencias y relaciones»<sup>26</sup>.

Por otro lado, Saavedra dedica su empresa 7 bajo el lema «Auget et minuit» a los cristales de la razón, que han de mirar con igualdad las cosas, sin dejarse llevar por las lentes de aumento de los afectos propios:

«Si se viese el ánimo de un tirano, se verían en él las ronchas y cardenales de sus pasiones. En su pecho se levantan tempestades furiosas de afectos, con los cuales, perturbada y ofuscada la razón,

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 291.



desconoce la verdad, y aprehende las cosas, no como son, sino como se las propone la pasión. De donde nace la diversidad de juicios y opiniones y la estimación varia de los objetos, según la luz a que se los pone. No de otra suerte nos sucede con los afectos que cuando miramos las cosas con los antojos largos; donde por una parte se representan muy crecidas y corpulentas, y por la otra muy disminuidas y pequeñas»<sup>27</sup>.

Según afirma la versión castellana del lema latino de esta empresa 7, Saavedra quiere que el gobernante «reconozca las cosas como son, sin que las acrecienten o amengüen las pasiones». Las cosas, pues, nos engañan porque las miramos con los anteojos de nuestras pasiones que nos las agrandan o disminuyen. Y esto resulta especialmente grave en el caso del príncipe, pues de él dependen muchas y graves decisiones y ha de hacer perfecto juicio de las situaciones, sin dejarse llevar de sus impulsos y realizando un examen desapasionado, de manera que sus afectos estén dominados por la razón:

«En las resoluciones de mover la guerra, en los tratados de paz, en las injurias que se hacen y en las que se reciben, sean siempre unos mismos los cristales de la razón, por donde se miren con igualdad»<sup>28</sup>.

La empresa 8, *Prae oculis ira*, previene al príncipe contra la ira que oscurece la razón y lleva a tomar resoluciones equivocadas: «Delicada es la condición de los príncipes; espejo que fácilmente se empaña»<sup>29</sup>.

En la empresa 78 se refiere Saavedra a los engaños de la sirena que sólo muestra por encima de las aguas la belleza de la parte superior de su cuerpo mientras nos deleita con su música, al tiempo que oculta su realidad monstruosa: «Lo que se ve en la sirena es hermoso. Lo que se oye, apacible. Lo que encubre la intención, nocivo. Y lo que está debajo de las aguas, monstruoso»<sup>30</sup>. Apercibe frente al engaño de los cortesanos y los pretextos de otros príncipes, ya que se presentan con corazón sincero para encubrir su maldad. En este sentido, son más peligrosas las aguas transparentes como el cristal porque disimulan su veneno y convidan con su pureza. Por ello ha de estar prevenida la prudencia para sospechar y ver la realidad por debajo del engaño y las promesas aparentes.

---

27 *Ibidem*, p. 55.

28 *Ibidem*, p. 56.

29 *Ibidem*, p. 63.

30 *Ibidem*, p. 536.



Figura 14. Saavedra, empresa 65: *De un error muchos*.

De nuevo surge la imagen del espejo de las aguas en la empresa 65, «De un error muchos», que advierte a corregir los errores antes de que se multipliquen:

«Echada una piedra en un lago, se van multiplicando y encrespando tantas olas, nacidas unas de otras, que cuando llegan a la orilla son casi infinitas, turbando el cristal de aquel liso y apacible espejo, donde las especies de las cosas, que antes se representaban perfectamente, se mezclan y confunden. Lo mismo sucede en el ánimo, después de cometido un error. Dél nacen muchos otros, ciego y confuso el juicio, y levantadas las olas de la voluntad. Con que no puede el entendimiento discernir la verdad de las imágenes de las cosas, y creyendo remediar un error, da en otro»<sup>31</sup>.

También señala Saavedra la necesidad que tiene el príncipe de consultar sus acciones con otros espejos que no estén cerca de sí. Los cortesanos tienden a encubrir la verdad con el lenguaje de la adulación, el agasajo y la falsa alabanza, de la que es preciso huir, pues, «los espejos de la lisonja tienen

31 *Ibíd.*, p. 451.

inconstantes y varias las lunas, y ofrecen las especies, no como son, sino como quisiera el príncipe que fueran»<sup>32</sup>. En este contexto, aboga Saavedra porque el príncipe se mire en el «espejo del pueblo, en quien no hay falta tan pequeña que no se represente porque la multitud no sabe disimular», siendo necesario ir a las plazas públicas para encontrar la verdad que no existe más en los palacios.

Representa Saavedra en la empresa 76 a los malos ministros como espejos cóncavos que transforman los mandatos de paz que reciben en órdenes de guerra como los espejos cóncavos que reflejan los rayos del sol e incendian las naves. Bajo el lema «Llegan de luz y salen de fuego», podemos leer:

«Envía el sol sus rayos de luz al espejo cóncavo, y salen de él rayos de fuego: cuerpo es de esta Empresa, significándose por ella que en la buena o mala intención de los ministros está la paz o la guerra. Peligrosa es la reverberación de las órdenes que reciben. Si tuvieren el pecho de cristal llano y cándido, saldrán las órdenes con la misma pureza que entraron, y a veces con mayor; pero si le tuvieren de acero, abrasarán la tierra con guerras»<sup>33</sup>.



Figura 15. Saavedra, empresa 76: *Llegan de luz y salen de fuego*.

32 *Ibidem*, p. 311.

33 *Ibidem*, p. 530.

Finalmente, en este juego constante de espejos entre el príncipe y el pueblo, establece Saavedra que los súbditos están siempre mirándose en el espejo de la autoridad y mal soportan que éste se empañe:

«Fácilmente disimulamos en nosotros cualquier defecto, pero no podemos sufrir un átomo en el espejo donde nos miramos. Tal es el príncipe, en quien se contemplan sus vasallos, y llevan mal que esté empañado con los vicios»<sup>34</sup>.

En este contexto, una afirmación de Saavedra me da pie para concluir mostrando una última imagen: «Girasoles somos, que damos vuelta mirando y imitando al príncipe»<sup>35</sup>. Hace unos años, al finalizar un congreso en la ciu-



Figura 16. El Leviatán de Morelia.

---

34 *Ibíd.*, p. 97.

35 *Ibíd.*, p. 95.

dad mexicana de Morelia encontré por casualidad y adquirí una pequeña figura de barro que, a mi juicio, parecía mezclar la representación del Leviatán de Hobbes con la idea de Saavedra de los girasoles como súbditos, que acabo de citar. El artesano, Emilio Basilio, obviamente no conocía la obra de estos autores, pero el espíritu del Barroco parecía encarnarse de nuevo en él. Su figura del Rey está compuesta por los rostros de los súbditos, coronada por una mitra de obispo y lleva delante un girasol o Flor de Nochebuena, pues siempre giramos mirando al príncipe y éste encarna la representación de la divinidad. De esta manera, cabe afirmar que el Barroco no es sólo una cosa del pasado, sino que está mucho más presente de lo que se suele reconocer.

Recibido: 13 Noviembre 2006

Aceptado: 11 Noviembre 2007

